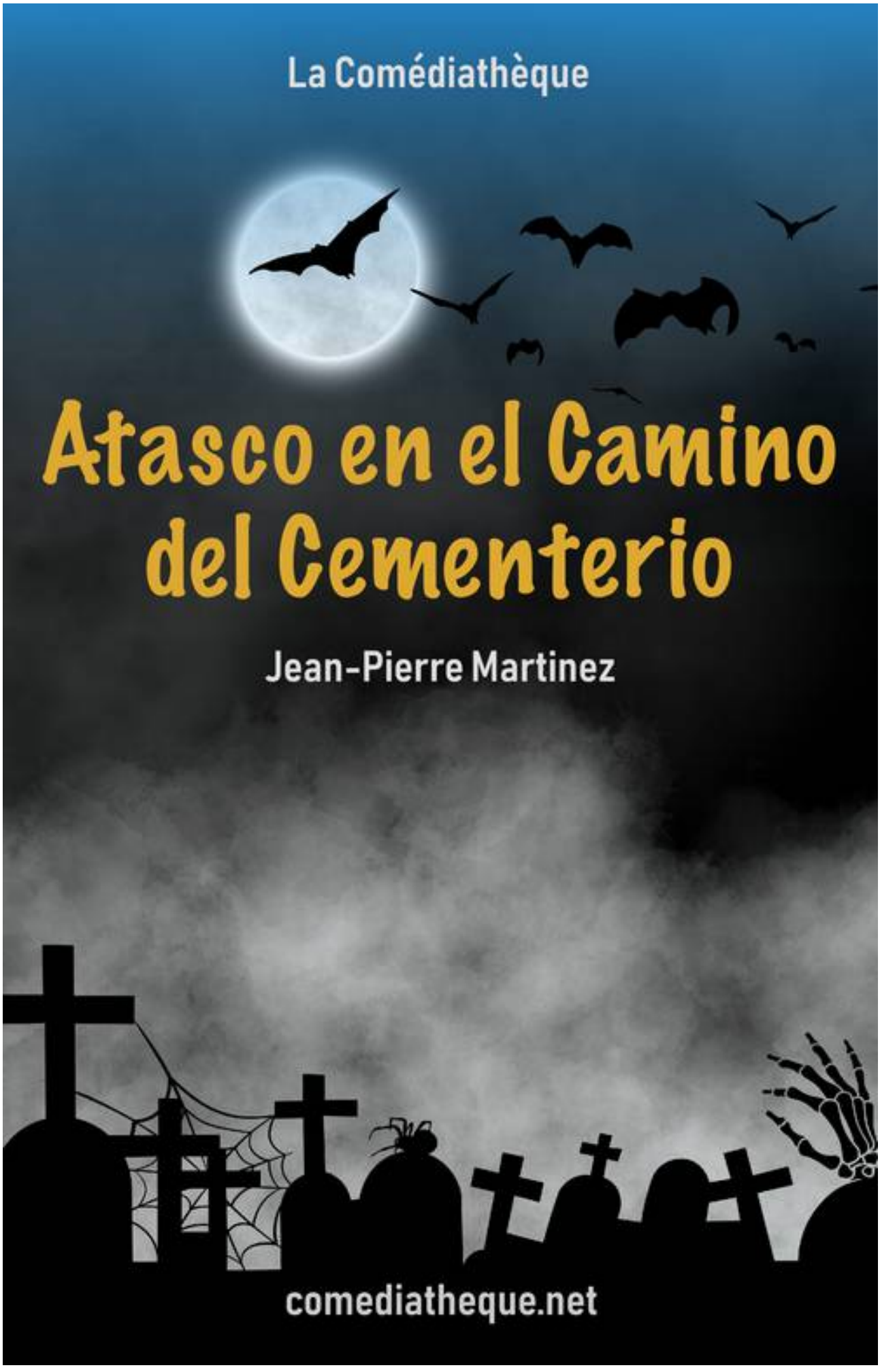
La Comédiathèque



Atasco en el Camino del Cementerio

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Atasco en el Camino del Cementerio

Jean-Pierre Martinez

El cementerio de Beaucon, un pintoresco pueblo francés, está lleno. Para poder enterrar a más vecinos habría que ampliarlo hacia el parque del castillo, pero su propietaria, la baronesa de Valmont, se niega a ceder ni un metro de terreno. Ante esta grave emergencia, el alcalde adopta una medida radical: queda terminantemente prohibido morir dentro del municipio. Quien incumpla la ordenanza será perseguido por la justicia...

Personajes

Simone (o Simón): dueña o dueño del café
Víctor (o Victorine): uno de los dos centenarios del pueblo
Louise (o Louis): la otra persona centenaria del pueblo
Marc (o Marie): alcalde o alcaldesa del pueblo
Charline (o Charles): baronesa o barón, propietario del castillo
Francis: cura del pueblo

Repartos posibles: 1 hombre/5 mujeres, 2/4, 3/3, 4/2 o 5/1.

(c) La Comédiathèque

El Café de l'Avenir («Café del Porvenir»), en Beaucon, un pintoresco pueblo francés dominado por un antiguo castillo. Simone, la dueña, seca vasos detrás de la barra. Víctor, uno de los dos centenarios del pueblo, hojea el periódico local ante un vasito de vino blanco. Lo deja sobre la barra con un suspiro.

Víctor – ¿Por qué sigo leyendo este periódico de mala muerte? No trae más que desgracias.

Simone – Ese es el de ayer. Prueba el de hoy, igual trae alguna noticia mejor.

Víctor rechaza el periódico que le ofrece Simone.

Víctor – O alguna peor.

Víctor vacía su vaso de un trago.

Simone – Un periódico solo con buenas noticias no se vendería.

Víctor – De todos modos, yo solo miro las esquelas.

Simone – Ah sí, pero entonces...

Víctor – ¿Qué quieres...? Es la única parte donde más o menos sé de quién se habla. Y cada vez menos... Todos los viejos que conocía ya están muertos. Ahora empiezan a enterrar a los jóvenes...

Simone – ¿Jóvenes? ¿A quién llamas tú joven?

Víctor – No sé... A los de ochenta, ochenta y cinco años. Gente que podría ser hija mía.

Simone – Pues no encontrarás muchas buenas noticias entre las esquelas.

Víctor – Bueno, depende...

Simone – Ah sí, ¿de qué?

Víctor – Pues... De quién ha muerto.

Simone – Sí...

Víctor – Imagínate que compras una casa a cambio de pagarle una renta al vendedor durante el resto de su vida.

Simone – ¿Tú has comprado una casa así? ¡Pero si tienes ciento dos años!

Víctor – No, tranquila. Fui yo quien vendió mi casa.

Simone – ¿Y hace cuánto de eso?

Víctor – Treinta y dos años hoy. Ya tenía setenta. Si la hija del comprador viera mi nombre en las esquelas, sería para ella una noticia estupenda.

Simone – ¿La hija?

Víctor – El comprador murió hace diez años. Tenía una salud bastante delicada, por lo visto. Ahora es su hija quien sigue pagándome la renta.

Simone – Menuda herencia... ¿Y tú qué tal sigues?

Víctor – Bien. Anda, sírveme otro vino blanco. Dicen que el alcohol conserva.

Simone le sirve otro. Entra Louise, la decana del pueblo, prácticamente de la misma edad que Víctor.

Louise – Buenos días a todos.

Víctor – Mis respetos, señora decana.

Louise – No es muy galante recordármelo.

Víctor – Oh, a nuestra edad, la galantería... ¿Qué podemos esperar más que un lugar en el libro de los récords?

Louise – Y te recuerdo que tú eres mayor que yo.

Víctor – ¿Mayor? ¡Naciste dos días después que yo!

Louise – Aun así... El verdadero decano eres tú.

Simone – ¿Qué te pongo, Louise? ¿Un café con un chorrito de licor, como siempre?

Louise – Tengo el estómago algo revuelto. Anoche debí de pasarme con el champán. Mejor un gin-tonic.

Víctor – ¿Champán?

Louise – Celebraba mis 102 años, precisamente.

Víctor – En familia, supongo.

Louise – En familia, sí. O al menos lo que queda... Enterré a mi marido hace veinte años, y a mi único hijo el año pasado.

Víctor – Es uno de los muchos inconvenientes de ser centenario. Nuestra agenda se reduce a unos pocos nombres grabados en mármol en las avenidas de un cementerio.

Louise – No deberíamos sobrevivir a nuestros hijos, es antinatural.

Simone le sirve su gin-tonic.

Simone – Aquí tienes tu gin-tonic. Si no te mata, te pondrá como nueva. Pero nada de conducir después.

Louise – Oh, sé bien que no me queda mucho tiempo.

Simone – Llevas veinte años diciendo lo mismo, Louise. Al final nos enterrarás a todos.

Louise – No me quejo, eh. He vivido bien. Pero, ¿qué puedo esperar ya de la vida?

Simone – Quién sabe, podrías llegar a ser la mujer más longeva de Francia. ¡O del mundo entero!

Louise – ¿Qué edad tiene la que ostenta el título?

Simone – Está en el periódico de hoy, justamente. Acaba de morir. Tenía 117 años.

Louise – Otros quince años para batir el récord... No estoy segura de tener la paciencia...

Simone – ¿Y por qué no tú, Víctor?

Víctor – Quién sabe cuál de los dos vivirá más...

Simone – Las apuestas están abiertas...

Víctor – En cualquier caso, si te vas antes que yo, te prometo que te regalaré una hermosa corona de flores.

Louise – Tú que nunca me has regalado flores... ni siquiera por mi cumpleaños.

Víctor – Una bonita corona para una bonita reina.

Simone – ¿Seguimos hablando de funerales o estamos preparando una coronación?

Louise – Si tú te vas primero, diré unas palabras amables, no te preocupes. Aunque no las piense...

Víctor – No me digas que ya has redactado mi elogio fúnebre.

Louise – Te lo leeré, si quieres. Sería una pena que fueras el único en no disfrutarlo.

Víctor – ¿Estás tan segura de que moriré antes que tú?

Louise – Después de los cien años, aparte de vivir un día más, no nos quedan muchos retos.

Simone – Esto ya parece una competición entre vosotros dos, ¿no?

Víctor – Sí, ya no quedan muchos competidores en el pueblo aparte de nosotros dos. Somos como los dos finalistas, por así decirlo.

Louise – Ya verás que en unos años, después de los Juegos Paralímpicos, van a inventar unos Juegos Olímpicos para los mayores de cien años.

Víctor – ¿Por qué no? Cada vez hay más centenarios... Y están en plena forma.

Louise – A veces me pregunto si la Parca se ha olvidado de nosotros...

Víctor – Ya se acordará de nosotros, ya verás.

Marc, el alcalde, entra.

Simone – Buenos días, señor alcalde.

Marc – Buenos días, Simone... Señora... Caballero... ¿Cómo están nuestros dos ilustres centenarios?

Víctor – Ah, cuando el municipio se preocupa por los viejos, se nota que se acercan las elecciones.

Marc – Es usted injusto, Víctor. Le recuerdo que fui yo quien remodeló la plaza del ayuntamiento, para que nuestros queridos mayores pudieran sentarse tranquilamente en un banco a charlar mientras toman el aire.

Louise – Sí, pero antes era un aparcamiento gratuito.

Marc – ¡Los coches ya no tienen sitio en el centro del pueblo! Un jardín público mejora nuestra calidad de vida. También podrán disfrutarlo las familias cuando salgan los niños del colegio.

Louise – Ya, pero... ¡ahora no podemos aparcar!

Marc – ¡No me diga que sigue conduciendo, Louise! Y eso que no parece que solo beba limonada...

Louise – Ya no conduzco mucho, es verdad... Pero pienso en los demás... ¡Y además, usted no me ha felicitado por mi cumpleaños!

Marc – ¿Su cumpleaños...?

Louise – Fue ayer. El anterior alcalde siempre me mandaba una tarjeta... y una cesta de productos del pueblo.

Marc – Perdón por el olvido, tengo algunos problemas que resolver en este momento. Pero lo repararemos cuanto antes, ¿verdad...? Y... ¿qué edad tiene, exactamente?

Louise – ¿Exactamente? 102 años.

Marc – Ah, sí, bueno...

Víctor – El alcalde tiene razón, Louise. A nuestra edad ya no necesitamos aparcamiento. Nuestra próxima parada será en el Camino del Cementerio, junto a la iglesia. Allí no hay parquímetros ni multas.

Marc – Siempre hay espacio... Ojalá...

Simone – ¿Perdón?

Marc – La crisis de la vivienda también afecta a los muertos, ¿saben?

Louise – ¿Qué quiere decir con esas metáforas suyas?

Marc – Pues que solo queda una plaza libre en nuestro cementerio.

Víctor – ¿Una sola plaza? ¿Es una broma?

Marc – No me permitiría bromear sobre un tema tan serio, créanme.

Louise – ¿Pero cómo es posible una cosa así?

Marc – Pues que el cementerio se ha quedado pequeño para recibir nuevos inquilinos... sin tener que desahuciar a los actuales.

Víctor – ¿Inquilinos? Pensaba que al menos todos eran dueños de su última morada, incluso los más pobres.

Louise – ¿No se supone que una concesión funeraria es perpetua?

Marc – Se puede creer en la vida eterna, pero hoy incluso las concesiones perpetuas tienen una eternidad bastante relativa.

Víctor – No más espacio en el cementerio... Esto es de locos.

Simone – ¿Y entonces qué van a hacer? ¿Una lista de espera?

Marc – Habría que ampliarlo, pero...

Víctor – Dicen que gobernar es prever... No se muere todos los días en este pueblo. Tenían tiempo para tomar las medidas necesarias.

Louise – Es verdad. Podrían haber ampliado el cementerio. ¡En lugar de hacer una plaza!

Simone – Bueno, Louise, el señor alcalde no iba a convertir el aparcamiento frente al ayuntamiento en un cementerio.

Marc – Evidentemente, este proyecto de ampliación está sobre la mesa desde hace años. Solo que...

Simone – ¿Solo que?

Marc – ¡Aún hay que encontrar un terreno!

Charline, la señora del castillo, llega.

Charline – Señor alcalde... Damas y caballeros... Mis respetos...

Marc – Ah... Justamente estábamos hablando de usted, señora Baronesa.

Charline – ¿De mí?

Marc – Nuestros conciudadanos, con justa razón, como yo, están preocupados por la saturación actual de nuestro cementerio municipal. Y me preguntaban por qué aún no se ha realizado una ampliación para solucionar este problema.

Charline – ¿Y entonces?

Marc – Entonces, estaba a punto de explicarles que la propietaria del terreno adyacente, la baronesa de Valmont, es decir, usted misma, se negaba a ceder una parte a la municipio para la ampliación del cementerio.

Charline – ¿Ceder una parte del parque de mi castillo para ampliar el cementerio? He convertido mis establos en habitaciones de lujo que son el orgullo de nuestro pueblo. ¡No voy a imponer a esos huéspedes distinguidos una vista al cementerio!

Francis, el cura, llega.

Simone – Ah, padre, como representante de la Iglesia, podrá ayudarnos a mediar en este debate entre la nobleza y el pueblo llano.

Francis – Si puedo ofrecerles el consuelo de la religión... ¿De qué se trata, hija mía?

Simone – La baronesa se niega a ceder una parte de su terreno al ayuntamiento para ampliar el cementerio, que ya está lleno.

Francis – Sí, conozco este problema, desgraciadamente.

Marc – La señora baronesa no quiere que los clientes de su Airbnb tengan vistas a las tumbas de nuestros queridos difuntos.

Francis – Desde siempre, el cementerio de Beaucon rodea nuestra magnífica iglesia del siglo XII. Los fieles lo cruzan cada domingo para asistir a misa. ¡Este cementerio forma parte del paisaje! Como la muerte forma parte de la vida.

Charline – Cierto. Pero nada me obliga a amputar mi castillo de la mitad de su parque.

Marc – La mitad, ¡exagera! Un décimo, como mucho...

Charline – ¿Y cuando su nuevo cementerio también esté lleno? ¿Piensa alinear tumbas hasta debajo de las ventanas de mi castillo?

Marc – Le devuelvo la pregunta, señora Baronesa. ¿Y cuando usted misma muera? ¿Qué haremos con usted si no queda espacio en el cementerio?

Charline – No tengo ninguna prisa por morirme. Y, si no queda sitio en el cementerio, me enterrarán en la capilla privada de mi castillo. Para eso soy baronesa.

Marc – Ahí está, el desprecio de clase que caracteriza a los privilegiados de su especie.

Francis – Por favor, mantengamos la cortesía. Estoy seguro de que con un poco de buena voluntad, encontraremos una solución que convenga a todos. Empezando por nuestros queridos difuntos... futuros.

Víctor – Nosotros somos los primeros interesados, sin duda. Somos los siguientes en la lista, ¿verdad, Louise?

Louise – Queda por ver cuál de los dos ocupará la última plaza.

Simone – Hace un rato competían por vivir más y entrar en el Guinness de los Récords, ¡no me digan que ahora compiten por ser el primero en partir para quedarse con la última tumba del cementerio!

Un momento.

Víctor – Y me imagino que no hay manera de hacer reservas, ¿verdad...?

Simone – No estamos hablando de una plaza en un camping en agosto, eh.

Louise – Entonces, ¿el primero que llegue se queda con ella? ¿Y el otro tendrá que ser enterrado en otro sitio...?

Víctor – Nacimos en este pueblo y siempre hemos vivido aquí. ¡Es aquí donde queremos ser enterrados!

Simone – Pues sí, pero mientras no ampliemos el cementerio...

Víctor – Los enfermos ya se amontonan en urgencias esperando ser atendidos, ¿ahora los muertos también tendrán que esperar para ser enterrados?

Louise – Pero... ¡diga algo, Padre!

Francis – Conocen la posición de la Iglesia: Dar a Dios lo que es de Dios, y a César lo que es de César... Este asunto es responsabilidad del ayuntamiento. La Iglesia hace mucho que no se ocupa de la gestión de los cementerios.

Charline – En efecto. Desde que la República nacionalizó los bienes de la nobleza y del clero, ¿verdad, Padre?

Marc – Le recuerdo, señora baronesa, que su familia debe esta propiedad a la Revolución. Fue entonces cuando sus antepasados, dedicados al tráfico de esclavos, adquirieron la finca que usted ha heredado, ¿no es así?

Charline – Repítalo, si se atreve...

Marc – Me tomé la molestia de investigar su árbol genealógico. En el siglo XVIII, sus antepasados eran armadores en el puerto de Burdeos. ¿Se atreve a negar que se dedicaban al tráfico atlántico de esclavos?

Charline – Si yo fuera un hombre de su condición, ya le habría dado un puñetazo.

Marc – Si yo fuera un hombre de la suya, ya le habría pasado por la espada.

Francis interviene.

Francis – Vamos, vamos... Señor alcalde... señora baronesa... ¡Cálmense! No revivamos viejas disputas que ya no tienen lugar hoy en día.

Marc y Charline hacen un esfuerzo por no llegar a las manos.

Charline – Si no hubiéramos dejado que todos esos extranjeros se enterraran aquí, nuestro encantador cementerio no estaría sobrepoblado hoy...

Marc – ¿Esos extranjeros?

Charline – Gente de fuera del pueblo, al menos...

Marc – ¿Está diciendo eso por mí?

Charline – Creo que sus padres eran italianos. Y están enterrados en nuestro cementerio, ¿no es así?

Marc – Su familia es originaria de Burdeos. De ahí partían sus barcos para su ignominioso tráfico...

Charline – Burdeos sigue siendo Francia. Y mi familia lleva generaciones establecida en Beaucon.

Marc – Mis abuelos eran italianos, en efecto. Mi padre era albañil, y no me avergüenzo de mis orígenes. Pero usted... Aunque sea baronesa, no tiene motivo para estar orgullosa de los suyos.

Silencio tenso.

Louise – Es verdad que muchos turistas se han enterrado aquí en los últimos años.

Marc – Esos a los que llama turistas tienen segundas residencias en nuestro municipio. Pagan sus impuestos, y el alcalde no puede negarles una sepultura en el pueblo.

Francis – Desafortunadamente, nuestro encantador cementerio no puede acoger toda la miseria del mundo.

Víctor – ¿La miseria? Vaya... Los ricos parisinos que hacen subir los precios de las casas antes de ocupar nuestro cementerio...

Marc – Sea como sea, si los papas no se hubieran opuesto durante siglos a la cremación, no estaríamos en esta situación...

Simone – Hay que admitir que, en este punto como en tantos otros, la Iglesia no siempre ha favorecido el progreso, ¿verdad, Padre?

Francis – Ahora resulta que la culpa es mía.

Charline – En todo caso, no es mía. Simone, querida, sírveme un Fernet-Branca. Todo esto me ha dado dolor de cabeza.

Marc – ¿No teme envenenarse? Sabe que el Fernet-Branca es una especialidad italiana...

Simone – Un Fernet-Branca para la señora Baronesa. ¿Y para usted, Padre, qué será? ¿Un poquito de vino de misa? Lo he bendecido esta mañana...

Francis – Un café, por favor.

Simone le sirve un café.

Simone – Y un cafecito para el Padre. ¿Entonces, padre? ¿Y esa investigación, cómo va?

Charline – ¿Una investigación? ¿Qué investigación?

Simone – Nuestro cura está buscando un cadáver...

Francis – Como saben, nuestra iglesia lleva el nombre del santo patrón del pueblo, el beato padre Bernabé, cuyas reliquias se perdieron durante la Revolución.

Marc – Lo que usted llama los tumultos de la Revolución, padre, es la justa revuelta del Pueblo contra la tiranía, que sentó las bases de nuestra República Francesa.

Francis – En fin, tras la nacionalización de los bienes de la nobleza y el clero a la que la señora baronesa hacía alusión hace un momento, el castillo y su abadía fueron vendidos a ricos comerciantes...

Charline – Todo eso para financiar las desastrosas aventuras militares de Napoleón.

Marc – No tendría la crueldad de recordarle, Señora, que es a Napoleón a quien le debe su título de Baronesa.

Simone – ¿Ah, sí?

Marc – Fue a Bonaparte a quien su familia compró ese título de nobleza del Imperio, ¿no es así?

Charline – Vaya, parece que a un italiano le fascina la Historia de Francia. La fe del converso, sin duda...

Marc – Los padres de Napoleón eran de origen italiano. Así que, en cierto modo, le debe su título de pacotilla a Italia.

Francis prefiere seguir con lo suyo.

Francis – Sea como sea, como consecuencia de estos cambios sucesivos de propietarios, y del saqueo de la abadía, se perdió el rastro de las reliquias de san Bernabé, que ya eran veneradas en la Edad Media. Se cometieron muchas atrocidades durante la Revolución, lamentablemente.

Charline – ¿No sería mejor dejar descansar en paz a ese santo hombre, esté donde esté su cuerpo?

Francis – Tal vez... pero, ¿se imagina si encontráramos esas reliquias? Nuestro pueblo podría convertirse en un lugar de peregrinación...

Marc – Si eso puede favorecer el comercio y el empleo en nuestro municipio... ¡estoy dispuesto a creer en Dios y en los milagros!

Un silencio.

Louise – ¿Y si le pagara un adelanto, Señor alcalde?

Marc – ¿Un adelanto?

Louise – Por esa única tumba que queda. ¿Está bien situada? Lejos de la entrada, a ser posible, para evitar las corrientes de aire. Y en cuanto a la orientación...

Víctor – ¿Y por qué esa última tumba debería estar reservada para ti?

Louise – La galantería debería llevarte a cederme la precedencia, ¿no crees?

Víctor – Ni hablar... Será para el primero que muera, y punto.

Simone – ¿Estás pensando en adelantarte, Víctor?

Francis – ¡Les recuerdo que esto va en contra de los principios de nuestra religión católica!

Simone – ¿Ve a lo que hemos llegado, Señor alcalde? Estos dos ancianos están dispuestos a tirarse bajo un tren para aprovechar esta última oportunidad disponible en el cementerio. Hay que hacer algo...

Marc – El tren, lamentablemente, ya no para en Beaucon desde hace tiempo. Además, eso debe decírselo a la señora Baronesa.

Charline – Se podría habilitar otro cementerio en otro lugar, ¿no? El ayuntamiento dispone de un terreno...

Marc – ¡Está junto al vertedero!

Charline – Allí o en cualquier otro sitio...

Marc – A usted le da igual, tiene un panteón familiar. ¡Su lugar ya está reservado! Pero ustedes, los mayores, ¿les gustaría que los trataran como trastos viejos?

Louise – ¡Qué horror!

Marc – ¿Un cementerio junto al vertedero? ¡Ni muertos nos libramos de viajar en primera o en segunda clase!

Simone – Pues sí... Ni siquiera ante la muerte somos iguales. Se ve que la Revolución no acabó con todos los privilegios.

Marc – No, me niego a habilitar un cementerio entre un desguace de coches y el vertedero municipal. ¡Será la ampliación o nada!

Simone – Pero eso no es posible... ¡Hay que enterrar a los muertos en algún lugar!

Se oye el sonido de frenos y una colisión frente al café.

Charline – ¿Qué pasa?

Simone se acerca a la ventana del café y mira.

Simone – Un accidente, al parecer.

Marc – Voy a ver.

Marc sale.

Louise – Siempre he dicho que ese paso de peatones es peligroso. Justo en la curva.

Víctor – Y con ese enorme plátano de sombra que tapa la visibilidad de los conductores.

Simone – ¡Cuántas veces he pedido al ayuntamiento que quite ese árbol!

Louise – Ahora, con estos ecologistas, ya no tenemos derecho a cortar un árbol.

Víctor – Espero que no sea demasiado grave.

Francis – Quizás debería ir a ver también. Si alguna de las víctimas necesita los últimos sacramentos...

Louise – Creo que preferirían ver llegar a un médico antes que a un cura, ¿no?

Simone – Voy a llamar a los servicios de emergencia...

Marc regresa.

Charline – ¿Y bien?

Marc – Es el doctor Pinot. Volvía de visitar a sus pacientes, pero parece que había bebido de más. Atropelló a una mujer que cruzaba sin mirar.

Simone – ¿Hay heridos?

Marc – El médico está ileso, pero esa pobre mujer...

Simone – Iba a llamar a los bomberos.

Marc – Adelante. Pero lamentablemente, ya no es una emergencia.

Louise – ¿Y la víctima?

Marc – El propio doctor la ha examinado. Asegura que murió en el acto.

Víctor – Dios mío...

Louise – Pero, ¿es alguien del pueblo?

Marc – Es Josiane Martin.

Víctor – ¿Josiane?

Simone – ¿La conocías?

Víctor – Es la hija del hombre que me compró la casa. Desde que murió su padre, ella es quien me paga la renta vitalicia.

Simone – No te preocupes. Sus herederos continuarán pagando...

Víctor – Pobre Josiane... Tampoco podrá disfrutar de mi casa.

Louise – Sí... Pero aun así, tuvo suerte en su desgracia.

Marc – ¿Ah, sí?

Louise – Es ella quien va a heredar la última tumba disponible en el cementerio...

Víctor – Y en cuanto a nosotros...

Louise – Nos tocará el vertedero.

Apagón.

Detrás del mostrador, Simone, la dueña, consulta su móvil. Francis llega con un gran expediente bajo el brazo.

Francis – Buenos días, Simone.

Simone – ¿Ha oído hablar de ChatGPT, padre?

Francis – La inteligencia artificial... Sí, he oído hablar de ella. Hay quien dice que es un invento diabólico...

Simone – Puede que sí, pero le preguntas cualquier cosa y te contesta. Más que Dios, desde luego... Mire, por ejemplo: ¿sabe cuántas estrellas hay en nuestra galaxia?

Francis – La verdad es que no...

Simone – Cientos de miles de millones.

Francis – Ah, sí...

Simone – ¿Y sabe cuántas galaxias hay en el universo?

Francis – No...

Simone – Miles de millones.

Francis – Ah, sí...

Simone – Y si multiplicamos las galaxias por las estrellas que hay en cada una, la cifra resulta astronómica.

Francis – Sí.

Simone – Y alrededor de muchas de esas estrellas hay planetas.

Francis – Sí.

Simone – En total, una cantidad casi inimaginable de planetas.

Francis – Sí.

Simone – Sería muy extraño que la Tierra fuese el único planeta habitado por seres inteligentes, ¿no cree?

Francis – Eso... solo Dios lo sabe.

Simone – No, estadísticamente es muy improbable. Por no decir prácticamente imposible.

Francis – Si usted lo dice...

Simone – Tiene que haber vida ahí arriba, está clarísimo.

Francis – ¿Allá arriba?

Simone – ¡En el cielo, por encima de nuestras cabezas!

Francis – Ah, sí...

Simone – Entonces, ¿por qué habría elegido Dios enviar a su único hijo precisamente a la Tierra, y no a alguno de esos incontables planetas?

Francis – Confieso que nunca me había hecho esa pregunta.

Simone – Reconozca que la existencia de extraterrestres parece bastante más probable que la existencia de un solo Dios.

Francis – La religión y la ciencia son dos cosas muy distintas, hija mía, que es inútil oponer.

Simone – Sin embargo, hubo épocas en que la Iglesia se oponía a las nuevas ideas científicas y perseguía a quienes las defendían.

Francis – Errare humanum est...

Simone – Perseverare diabolicum.

Francis – Una limonada con menta, por favor.

Simone le sirve una limonada con menta.

Simone – Entonces, padre, ¿usted cree en Dios?

Francis – Una pregunta bastante extraña para hacerle a un sacerdote...

Simone – ¿Cree que una mujer puede concebir un hijo por obra del Espíritu Santo, que un muerto puede volver a la vida, que se puede convertir el agua en vino y devolver la vista a un ciego con una simple bendición?

Francis – Grande es el misterio de la fe...

Simone – Aun así...

Francis – Usted cree en los extraterrestres.

Simone – Pero eso no es cuestión de creencia, padre. Ni siquiera de conocimiento. Es solo una hipótesis basada en probabilidades científicamente establecidas, que rozan la certeza.

Francis – Pensándolo bien, mejor un descafeinado...

Simone – Y además, estar convencida de la existencia de vida extraterrestre en algún lugar del cosmos no es lo mismo que creer que unos hombrecillos verdes ya nos habrían visitado en sus platillos volantes.

Francis – En efecto.

Simone – No... Su creencia no se basa en ninguna realidad, y desafía incluso al sentido común.

Francis – La fe no se fundamenta en probabilidades, hija mía, sino en una revelación y una evidencia. Y para los más escépticos, creer también puede ser una decisión...

Simone – ¿Ah, sí?

Francis – Creer es, ante todo, tener ganas de creer.

Simone – Como creer en Papá Noel por miedo a que deje de traer regalos si dejamos de creer en él.

Francis – ¿Me pone el descafeinado, por favor?

Simone le sirve el descafeinado. Francis abre su carpeta.

Simone – ¿Y qué es este gran expediente, Padre? ¿Las pruebas de la existencia de Dios?

Francis – Casi...

Simone – ¿La contabilidad de la parroquia? ¿Tiene una auditoría fiscal?

Francis de repente parece muy exaltado.

Francis – Acabo de descubrir un verdadero tesoro en una cripta escondida de nuestra iglesia.

Simone – ¿Piedras preciosas?

Francis – No, no exactamente.

Simone – ¿Lingotes de oro?

Francis – Tampoco... Son documentos de un valor incalculable.

Simone – Vale...

Francis – Documentos probablemente escondidos durante la Revolución, que podrían llevarnos a las reliquias perdidas de san Bernabé.

Simone – Otro cadáver más en perspectiva... ¿De verdad cree que es el momento, cuando nuestro cementerio ya está lleno?

Francis – Tiene razón... También es urgente encontrar una solución a ese espinoso problema...

Simone – ¿Por qué cree que la baronesa se niega a vender parte de su terreno?

Francis – Ella ya nos explicó sus razones...

Simone – A menos que tenga otras razones... menos confesables.

Francis – ¿Cuáles?

Simone – Usted sabe que es viuda.

Francis – Sí.

Simone – Su esposo desapareció hace algunos años. Se dice que se ahogó en el río que pasa por su propiedad, y nunca encontraron su cuerpo.

Francis – Como san Bernabé, en resumen. Un cuerpo más que no ha encontrado sepultura. Que en paz descanse.

Simone – Se rumorea que ella lo asesinó para heredar su fortuna y que lo enterró en el parque del castillo. Tal vez teme que, al cavar nuevas tumbas en ese lugar, encuentren el cadáver de su marido...

Francis – No son más que habladurías, hija mía. No nos prestemos a esas calumnias.

Simone – A veces los rumores resultan estar basados en cierta realidad. Es el principio de la fe religiosa, ¿no?

Francis – ¿Perdón?

Simone – Jesús que muere el viernes y resucita el domingo, entre nosotros... Los primeros textos que relatan esta historia inverosímil se escribieron más de veinte años después de la muerte de Jesús. Y aun así, usted cree en eso...

Francis – ¡Por supuesto!

Simone – Pero no es más que una fábula. Un rumor que lleva más de dos mil años circulando. Entonces, ¿por qué no podría la baronesa haber enviado al Barón al otro mundo? Es mucho más fácil que hacer que alguien vuelva, ¿no?

Francis – Eso... solo Dios lo sabe, hija mía.

Simone – Dios... y tal vez usted. Usted es su confesor, ¿no?

Francis – Aunque así fuera, estoy sujeto al secreto de confesión...

Charline llega.

Charline – ¿De qué secretos están hablando?

Simone – Mencionaba ese odioso rumor que dice que usted asesinó al Barón.

Charline – Un rumor que ha puesto en circulación el alcalde para disuadirme de presentarme contra él en las próximas elecciones. Y si usted lo difunde, la denunciaré también.

Simone – ¿Yo difundir esos chismes? Justamente le decía al padre que encontraba absolutamente intolerable ensuciar así la reputación de las personas honradas. ¿No es cierto, Padre?

Charline – Y ahora él quiere que le ceda una parte del parque de mi castillo. ¡De ninguna manera!

Francis – ¿Aunque sea por el bien de la comunidad... y de la parroquia?

Charline – También es una cuestión de principios. No voy a ceder a sus exigencias solo para demostrar que no he enterrado a nadie en mi casa.

Simone – Es una maniobra burda, en efecto.

Charline – Entonces, ¿está de mi lado, Simone?

Simone – Depende...

Charline – Si gano las elecciones, ¿le interesaría ser mi teniente de alcalde?

Simone – Depende... ¿Se paga bien?

Charline – Digamos que uno se beneficia de ciertas ventajas.

Simone – ¿Ventajas...?

Charline – Una subvención, por ejemplo, para renovar la fachada del Café de l'Avenir, ¿le gustaría? Después de todo, este local ha sido durante mucho tiempo un lugar de encuentro imprescindible en nuestro pueblo. Casi un monumento histórico. Prácticamente un servicio público...

Simone – No es del todo falso.

Charline – Además, un teniente de alcalde puede evitar ciertos problemas... sobre todo a un comerciante.

Simone – ¿Problemas...?

Charline – Tengo entendido que no paga ningún impuesto al municipio por su terraza, instalada en el espacio público... Es un privilegio cuya legitimidad podría ser reevaluada por un nuevo alcalde más preocupado por llenar las arcas del municipio...

Simone – Tendré que pensarlo.

Charline – ¿Y usted, Padre? ¿Qué opina? Un militar o un eclesiástico siempre lucen bien en una lista electoral. Y no tengo ningún general a mano...

Francis – Mi función me prohíbe participar en la vida política del municipio, lo sabe. Pero habrá que encontrar una solución para nuestros queridos difuntos...

Llegan Louise y Víctor.

Simone – Hola, Louise... Hola, Víctor... Precisamente hablábamos de vosotros.

Víctor – ¿De nosotros?

Simone – Bueno, de lo que haremos con vosotros cuando...

Louise – No he pegado ojo en toda la noche. Soñé que me llevaban al vertedero para reciclarme, pero que ni siquiera allí me querían porque no había nada que aprovechar de mi cuerpo.

Simone – Vaya, eso es fuerte...

Víctor – Señora baronesa, ¿no permitirá que hagan eso?

Charline – Tan pronto como sea alcaldesa de este pueblo, encontraremos una solución, no se preocupen.

Louise – ¿Me enterrará en el parque del castillo, junto a su marido?

Charline – Se lleva hablando desde hace tiempo de cerrar la escuela primaria que solo tiene una decena de alumnos.

Víctor – Sí... Es incluso donde nos conocimos Louise y yo... hace casi un siglo.

Louise – Es verdad. Cómo pasa el tiempo. Tengo la impresión de que fue ayer.

Víctor – Te recuerdo aún con tus coletas y tu pequeño delantal rosa.

Louise – Era una mocosa en aquella época.

Víctor – Y no has cambiado...

Charline – Podríamos construir el nuevo cementerio allí. Hay un gran patio...

Víctor – ¿Cerrar la escuela para ampliar el cementerio?

Charline – Así, al menos, se quedarán juntos. Si fue allí donde se conocieron...

Francis – Pero, señora baronesa, piense en el símbolo: nuestro pueblo ya está perdiendo habitantes, ¿y vamos a enterrar a antiguos alumnos en el patio de la escuela?

Simone – Tendremos que encontrar un lugar para todos esos cadáveres.

Louise – Solo vienen a instalarse aquí jubilados. Así que, claro...

Víctor – No es cerrando clases como atraeremos a los jóvenes. Si usted es elegida, debería luchar por conservar esta escuela.

Louise – Lo que yo quiero es un lugar en el cementerio. Y al parecer, se ha vuelto más difícil de encontrar que una plaza en una guardería.

Víctor – Eres una vieja egoísta, Louise.

Louise – Y tú un viejo trasto.

Víctor – ¡Ni siquiera en el vertedero te querrán! ¡Lo has dicho tú misma!

Marc llega.

Marc – Señoras y señores... ¿Todo va bien?

Simone – La rutina. Dos centenarios luchando por un lugar en el cementerio.

Marc – Señora baronesa... Justamente, la estaba buscando...

Charline – Si es para anexar otra parte de mi parque, le advierto que no he cambiado de opinión.

Marc – Y ahora entiendo mejor por qué...

Charline – ¿Perdón?

Marc – Acabo de ser informado de su proyecto.

Charline – ¿Mi proyecto...?

Marc – El de crear un campo de golf en el parque de su castillo.

Charline – Es un proyecto aún confidencial... ¿Quién le ha informado?

Marc – Tengo amigos por todas partes, ya sabe.

Charline – ¿Amigos? Más bien espías...

Marc – Entonces no lo niega.

Charline – Tener grandes proyectos para nuestro municipio no es un crimen. ¿Por qué debería ocultarlo?

Marc – Un campo de golf consume muchísima agua, precisamente cuando cada vez escasea más.

Charline – Este proyecto crearía empleos en el municipio. Y los visitantes revitalizarían el comercio local, cada vez más moribundo.

Marc – ¿Realmente cree que sus clientes adinerados vendrán a hacer sus compras en la tienda del pueblo y tomarán el aperitivo en el Café de l'Avenir?

Charline – Más que los muertos que quiere enterrar en mi parque, en todo caso.

Marc – ¿Es por eso que se niega a vender?

Charline – Un campo de golf en Beaucon me parece más prometedor para el futuro que un nuevo cementerio, en efecto.

Marc – ¿Y también por eso quiere presentarse a las elecciones? ¿Para imponer un proyecto que ahora no podría autorizarse?

Charline – Porque usted se opondrá... ¡Por venganza! Es un abuso de poder, ¡y lo sabe!

Marc – Me opondré porque este proyecto no se ajusta al Plan General de Urbanismo de nuestro municipio y además es una aberración ecológica. Todo para crear un parque de atracciones reservado para los ricos.

Charline – El golf es, ante todo, un deporte.

Marc – La petanca también lo es.

Charline – Lo siento, pero los clientes de mis casas rurales de lujo no suelen jugar a la petanca en la plaza del pueblo, como usted.

Un momento de tensión.

Simone – La vida es como una partida de golf: todos somos pelotas. Sabemos que acabaremos en un hoyo, pero no cuántos golpes harán falta.

Víctor – Y tampoco sabemos quién golpea la bola...

Simone – ¿Jugaría Dios al golf, Padre?

Charline – ¡Golf o no, nunca cederé mi terreno!

Marc – Muy bien, en ese caso... se prohibirá morir en el municipio hasta nuevo aviso.

Louise – ¿Prohibir morirse?

Marc – Después de cierto punto del embarazo, las compañías aéreas no permiten volar. Si pueden impedir que alguien nazca en un avión, ¿por qué yo no iba a prohibir que alguien muriera en mi pueblo?

Charline – ¿Y cómo piensa impedir que sus administrados mueran, señor alcalde?

Marc – Haré que se vote una ordenanza municipal, eso es todo.

Charline – ¡Pero es una locura! Nadie sensato votará esa ordenanza... que además probablemente no sea legal dada su absurdidad.

Marc – Eso ya lo veremos...

Apagón.

Simone está limpiando vasos. Víctor y Louise leen una ordenanza municipal imaginaria exhibida en el escaparate del café en el cuarto muro.

Louise – Por decisión del ayuntamiento, queda prohibido morir en Beaucon. Los infractores serán perseguidos.

Víctor – ¡Es increíble!

Louise – ¿Perseguidos?

Víctor – ¿Por quién?

Louise – ¿Hasta el otro mundo?

Víctor – La ventaja de estar muerto es que uno está a salvo de persecuciones, ¿no?

Louise – Eso pensaba hasta hoy...

Simone – Hasta donde sé, no hay convenio de extradición con el más allá, pero bueno...

Víctor – ¿Una multa, entonces?

Louise – Tal vez para los herederos.

Víctor – Eso debe ser... Mientras el muerto siga muerto sin autorización, la familia continúa pagando una multa.

Simone – ¿Mientras el muerto siga muerto...?

Charline llega.

Charline – Señoras y señores... ¿Qué pasa? Tienen caras de entierro...

Víctor – ¡Nunca mejor dicho! Mire esto, señora baronesa...

Charline lee la ordenanza.

Charline – Este tipo es un loco peligroso. ¡No podemos dejarlo al frente del ayuntamiento, es evidente!

Simone – Es verdad que es un poco surrealista, ¿no?

Charline – ¿Surrealista? ¡Es completamente absurdo, sí!

Marc llega.

Víctor – ¿Entonces esa es la solución que encontró?

Marc – He averiguado... Varios municipios ya han prohibido morir en su territorio... mientras esperan poder ampliar su cementerio para recibir nuevos difuntos.

Louise – ¿Y cuánto tiempo durará?

Víctor – A usted no le importa, ¡usted aún es joven! Pero ¿nosotros?

Marc – Se mantendrá hasta que la baronesa acceda a ceder una parte de su terreno.

Charline – Yo lo llamo chantaje. Al prohibir morir, toma a todos los residentes del municipio como rehenes, comenzando por nuestros queridos ancianos...

Louise – ¿Entonces ya no tenemos derecho a morir cuando queremos?

Víctor – ¡Qué barbaridad...!

Louise – Y si morimos de todos modos, ¿qué riesgo corremos?

Víctor – Es que morirse no es como aguantarse las ganas de hacer pis: cuando llega el momento, no siempre se puede evitar.

Louise – Aunque a nuestra edad, tampoco es fácil aguantarse las ganas de hacer pis...

Marc – Si incumple esta ordenanza, en todo caso, será enterrado en otro lugar. Si otro municipio acepta recibirle...

Víctor – ¿En otro lugar? ¿Y por qué no en el extranjero también?

Simone – Francia ya exporta sus desechos tóxicos a África, ahora también vamos a exportar nuestros muertos.

Marc – Sí... Mientras los africanos arriesgan su vida viniendo aquí para no morir de hambre en su propio país.

Louise – ¡Pero aquí hemos vivido siempre y aquí queremos que nos entierren!

Francis llega.

Francis – Hola, mis hijos... ¿Todo está bien?

Louise – No, no todo está bien, padre. ¡El Señor alcalde nos prohíbe morir!

Francis – ¿Perdón?

Louise señala la ordenanza, y Francis la examina.

Víctor – ¡Haga algo, Padre!

Francis – ¿Prohibir morir? ¡Pero eso es absurdo!

Marc – Solo estoy respondiendo a una situación de emergencia de la cual no soy responsable.

Francis – Señor alcalde, en mi ministerio siempre he respetado al pie de la letra el principio de separación de la Iglesia y el Estado... pero al prohibir a mis feligreses morir, ¡está invadiendo el ámbito de Dios!

Víctor – ¡Y nuestras libertades individuales!

Marc – ¡Ustedes son centenarios! Pueden esperar un poco más.

Francis – ¿Pero esperar qué?

Marc – Que la señora baronesa se decida a mostrar civismo.

Simone – Quizás sea el momento de hacer un gesto, señora baronesa...

Charline – ¡Ni hablar! ¡No cederé a la presión!

Un momento, antes de que Víctor y Louise inicien un aparte al que los demás asisten con sorpresa.

Víctor (a Louise) – Es muy sospechoso que se empeñe tanto en negarse, ¿no crees?

Louise – Si ella mató a su marido y lo enterró en el parque...

Víctor – Pues, para eso, un campo de golf viene mejor.

Louise – Un agujero es menos profundo que una tumba.

Víctor – ¿Qué agujero?

Louise – ¡Uno de golf!

Víctor – Ah, sí... Es seguro que es menos probable desenterrar un cadáver por accidente.

Louise – El de su marido, por ejemplo.

Charline decide intervenir.

Charline – Puede que estéis un poco sordos, pero yo os oigo perfectamente, ¿sabéis?

Simone – Mientras tanto, ¿qué proponen para el cementerio?

Silencio pesado.

Charline – Podríamos hacer una limpieza de las tumbas que ya no se mantienen. Para hacer algo de espacio...

Marc – ¿Expulsar del cementerio a los muertos más desamparados, en resumen?

Charline – Si la familia no ha pagado por la renovación de la concesión...

Marc – De todas formas, tomará tiempo. Hay un procedimiento que seguir.

Simone – No resolverá el problema definitivamente, eso es seguro. Pero ya permitiría manejar una urgencia...

Charline – Padre, usted que conoce bien la cuestión...

Francis – Hay una tumba abandonada a la entrada del cementerio...

Charline – ¿Sabe de quién es?

Francis – No... No fui yo quien ofició el entierro. Además, ni siquiera estoy seguro de que el difunto fuera católico...

Marc – ¿Y por qué eso?

Francis – Es un nombre extranjero, creo.

Víctor – ¿Extranjero?

Francis – Creo que es un nombre del norte de África... o africano, en cualquier caso.

Marc – Entonces, ¿deberíamos desalojar a este buen hombre para hacer espacio para los verdaderos franceses? Una especie de preferencia nacional post-mortem, por así decirlo...

Charline – Si es la única forma de evitar la fosa común para nuestros conciudadanos.

Marc – Les recuerdo que muchos franceses llevan un nombre extranjero y no son católicos... Como yo, de hecho.

Simone – ¿Usted, Señor alcalde, es musulmán? Además de ser italiano y comunista...

Marc – Dije que no era católico. No dije que era musulmán.

Simone – ¡No me diga que es...?

Marc – Soy ateo. Y anticlerical. Con todo respeto, padre, no creo en supersticiones y solo confío en la racionalidad. Y, diablos, si no podemos ampliar el cementerio porque la nobleza se niega a ceder un terreno y el clero se lava las manos, ¡pues leguen sus cuerpos a la ciencia!

Los demás parecen consternados. Francis se persigna.

Francis – Jesús, María, José...

Apagón.

Simone consulta su móvil detrás del mostrador. Charline está sentada en la barra leyendo una revista de golf. Víctor y Louise están sentados en dos mesas diferentes.

Simone – Es increíble, pero el Homo Sapiens no es la única especie inteligente que ha vivido en la Tierra.

Víctor – ¿Por inteligente te refieres a una especie capaz de hacer su propio planeta inhabitable en apenas unas décadas?

Simone – También existieron los neandertales.

Louise – ¿Los neerlandeses? ¿Esos son otra especie humana?

Simone – Pero también existieron los denisovanos.

Víctor – ¿Los denisovanos?

Simone *(leyendo)* – Algunas poblaciones en Asia aún conservan en su ADN rastros de esta forma arcaica de humanidad.

Louise – ¿Y cómo sabes todo esto?

Simone – ChatGPT.

Louise – ¿Chat con quién?

Víctor – Yo diría que ya se le está yendo la cabeza.

Simone – Si varias especies humanas aparecieron en este único planeta, ¿por qué no podrían haber surgido seres inteligentes en otro lugar del universo?

Víctor – Mientras no vengan a molestarnos aquí.

Louise – Podría darle un poco de vida al asunto. Porque, seamos sinceros, en Beaucon es bastante aburrido. Especialmente en invierno...

Víctor – ¿Vida, dices? Los hombres ya pasan su tiempo matándose entre ellos. ¿Te imaginas si llegaran extraterrestres aquí?

Simone – Podrían enseñarnos muchas cosas, ¿no?

Víctor – ¿Como los españoles o los ingleses a los indígenas americanos, quieres decir?

Simone – Aún queda una pregunta...

Louise – ¿Qué más?

Simone – ¿Por qué los primates evolucionaron hacia la inteligencia en apenas unas centenas de miles de años, mientras que otras especies permanecieron en un estado animal?

Víctor – ¿Y qué?

Simone – Voy a preguntárselo a ChatGPT... (Teclea en el móvil.) Dice que la inteligencia no siempre es la mejor solución para adaptarse al entorno.

Louise – ¿Qué?

Simone – Bueno... Volverse inteligente no siempre es la mejor manera de sobrevivir en un ambiente hostil.

Víctor – Entonces, según tú, si Louise y yo hemos llegado a ser centenarios, ¿es porque tenemos un cerebro de caracol?

Simone *(continuando su lectura)* – En lugar de centrarse en la inteligencia, por ejemplo, algunas especies apuestan todo por una reproducción masiva.

Louise – Es un hecho que los tontos tienden a tener muchos hijos.

Víctor – Eso explicaría por qué no es una especie en peligro de extinción. Los tontos incluso tienden a volverse mayoría.

Simone – Y sobre todo, la inteligencia es una forma de adaptación muy costosa en términos de energía.

Louise – Es verdad que para leer, a menudo hay que encender la luz.

Simone – En los humanos, el cerebro representa aproximadamente el 2% de la masa corporal, pero consume alrededor del 20% de la energía total del cuerpo.

Víctor – ¿Entonces ahorrar neuronas es ahorrar energía? En ese caso, todos los tontos son ecológicos.

Louise – Y al revés...

Simone *(leyendo)* – Para algunas especies, desarrollar un cerebro más grande y complejo no era una opción viable debido a la escasez de recursos alimenticios y energéticos.

Víctor le pasa su vaso vacío a Simone.

Víctor – Anda, sírveme otra copa. Con tanta charla se me está calentando la cabeza. A ver si esto me la enfría.

Simone le sirve.

Simone – ¿Y usted, señora Baronesa, qué está leyendo?

Charline – Una revista de golf.

Simone – Ah sí, por supuesto.

Marc llega.

Marc – Señoras y señores...

Charline – Entonces, señor alcalde, ¿ha conseguido expulsar de nuestro cementerio a ese extranjero que está ahí de forma irregular?

Marc – He llevado a cabo la investigación preliminar, efectivamente.

Simone – ¿Y entonces?

Marc – Ese extranjero, como usted dice, es un héroe caído en el campo de batalla durante la Gran Guerra.

Charline – ¿Un héroe?

Marc – ¡Su nombre figura en el monumento a los caídos del pueblo! ¡No vamos a mandar a una fosa común a alguien que murió luchando por Francia!

Louise – De todos modos, aquello fue hace más de un siglo, ¿no?

Víctor – Incluso nosotros todavía no habíamos nacido.

Louise – Tú tampoco participaste en la del 39-45...

Víctor – Me declararon no apto por tener los pies planos.

Marc – De todos modos, durante mi mandato, dejaremos a los héroes de guerra descansar en paz.

Simone – Así que volvemos al punto de partida...

Víctor – Tendría que haber concesiones de parte de todos...

Louise – Sí... Concesiones perpetuas.

Francis llega.

Francis – Buenos días a todos.

Marc – Padre, espero que no esté dando demasiadas extremasunciones últimamente.

Francis – No, tranquilos. Incluso he realizado un bautismo esta mañana. Se ha vuelto tan raro en nuestro pueblo.

Marc – Un futuro alumno para nuestra escuela primaria...

Simone – Por cierto, señor alcalde, desde que dictó la ordenanza no ha muerto nadie en Beaucon.

Víctor – Es cierto... Es bastante curioso.

Charline – ¿Cree que Dios no se atrevería a desafiar su prohibición llamando a sus hijos? ¿Qué piensa, padre?

Francis – No blasfememos, señora baronesa. Dios no obedece a las autoridades municipales. Con todo respeto, Señor alcalde.

Simone echa un vistazo al periódico.

Simone – ¿Ah, no...? ¡Pues mire el periódico! ¡Su ordenanza es noticia de primera página!

Marc toma el periódico y lee.

Marc – Prohibido morir en Beaucon. Los infractores serán perseguidos.

Charline – En verdad os digo... ¡vamos a ser la burla de toda Francia!

Apagón.

Simone mira la pantalla de su móvil detrás del mostrador. Víctor y Louise están sentados en mesas separadas.

Simone – ¿Saben cuántos seres humanos han muerto desde el nacimiento de la humanidad?

Louise – Nos va a cansar mucho con su inteligencia artificial...

Simone – Más de 100 mil millones.

Víctor – Creo que prefería su estupidez natural.

Simone – ¿Os dais cuenta? ¡Eso significa que en la Tierra hay unas diez veces más muertos que vivos!

Louise – No es de extrañar que los cementerios estén empezando a desbordarse.

Simone *(leyendo)* – Si se hubieran conservado todas las tumbas de estos difuntos, habría un cementerio del tamaño de Italia.

Louise – ¿Italia?

Simone – Más de la mitad de Francia... Afortunadamente, no mantenemos todas esas tumbas para siempre.

Víctor – ¿Y cuál es la duración de una tumba, entonces?

Simone – Cuando no eres una celebridad, no más de 50 años. Después, los huesos se colocan en un osario. Para hacer espacio para los recién llegados.

Víctor – ¿50 años? Entonces, en realidad, el descanso eterno dura incluso menos tiempo que la vida real.

Louise – Hasta que todos te hayan olvidado...

Francis llega con un periódico.

Francis – ¡Todavía se habla de Beaucon en el periódico!

Víctor – ¿Ah, sí?

Francis – Escuchen esto... *(Leyendo)* Tras la prohibición del alcalde de morir en su municipio, no se contabiliza ningún fallecimiento en Beaucon. Algunos no dudan en gritar milagro...

Louise – ¿Un milagro?

Francis – Un milagro laico, entonces. Nunca he visto al Señor alcalde en misa los domingos, y no oculta su ateísmo.

Víctor – ¿Cree que al pronunciar esta prohibición de morir en el territorio de su municipio, el alcalde podría haber evitado que ocurrieran fallecimientos?

Simone – Algunos santos han sido beatificados por menos que eso.

Louise – Por cierto, padre, ¿qué milagro hizo nuestro san Bernabé para merecer la santidad?

Francis – Los pocos documentos de la época que aún conservamos a veces son contradictorios en este punto, pero... habría devuelto la vista a un paralítico.

Víctor – Ah, sí, eso es... Es bastante contradictorio, de hecho. Devolver la vista a un paralítico...

Louise – Pero al principio, ¿la persona también estaba ciega o...?

Francis – Está escrito en latín y la letra se lee mal... Lo cierto es que el pobre siguió paralítico hasta el día de su muerte.

Louise – Pues vaya milagro. Si al menos hubiera ganado alguna medalla paralímpica...

Víctor – Entonces... ¿realmente creen que vale la pena molestarse en encontrar las reliquias de su san Bernabé?

Simone – Nuestro alcalde que detiene a la Parca con un simple decreto municipal, eso sí que es algo. ¡A él deberían canonizarlo!

Francis – Vamos, no caigamos en la superstición...

Víctor – Es curioso cómo esa frase suena extraña en la boca de un sacerdote.

Francis – Seguramente es solo una coincidencia. No se muere todos los días en Beaucon...

Simone – Como esto siga así, las empresas funerarias acabarán en la ruina.

Louise – De todos modos, según mi médico, estoy en plena forma... para una centenaria.

Víctor – Sí, yo también.

Simone – ¿Y quién es el médico de los dos?

Louise – El doctor Pinot.

Simone – ¿Pinot? Hay que reconocerle al menos que, incluso borracho, sabe distinguir a un muerto cuando lo ve.

Francis – Sobre todo cuando ha sido él quien lo ha atropellado con el coche, completamente borracho.

Louise – La pobre Josiane...

Charline llega.

Víctor – ¿Deberíamos agradecerle al Señor alcalde por habernos devuelto una nueva juventud?

Louise – Si nos promete la vida eterna, tal vez al final vote por él.

Charline – ¡No se crean todas las tonterías que leen en el periódico!

Simone – No se puede evitar que corran rumores. Además, he duplicado mi facturación esta mañana. Curiosos que vienen a ver el pueblo donde nunca se muere.

Víctor – Si es bueno para el negocio, entonces...

Louise – Y para el mercado inmobiliario.

Simone – Desde luego, aquí comprar una casa a cambio de una renta vitalicia no parece un buen negocio.

Víctor – Si no encontramos las reliquias de san Bernabé, nos conformaremos con un santo laico y anticlerical.

Simone – De todos modos, un lugar de peregrinaje atrae más que un campo de golf para el pequeño comercio.

Louise – ¿Y sus habitaciones de huéspedes, señora baronesa? Deben estar completas, ¿no?

Simone – ¿No sería usted quien alertó a la prensa sobre este pueblo cuyos habitantes viven eternamente?

Charline – No tengo nada que ver con esas noticias falsas, créanme...

Marc llega.

Marc – Señoras y señores.

Charline – A diferencia de algunos que propagan rumores sobre mí, haciéndome pasar por una criminal.

Marc – ¿Y por qué iba yo a hacer una cosa así, dígame?

Charline – Para impedirme presentarme contra usted en las próximas elecciones, por ejemplo.

Simone – Es verdad que un alcalde que promete a sus votantes la vida eterna... ¡Va a ser difícil para los otros candidatos!

Marc – Vamos, no tengo tal poder, lo saben bien...

Francis – Realmente es hora de poner fin a todo este desorden.

Víctor – Desde luego... Si nadie muere por una simple decisión administrativa, ¡se acabó el cristianismo!

Louise – ¿De qué sirve prometer un billete de ida al paraíso si nadie hace el viaje?

Víctor – Y lo mismo para el infierno...

Marc – ¿Qué piensa hacer, Padre?

Francis – Voy a celebrar una misa para implorar la ayuda de san Bernabé.

Marc – ¿Ese que devuelve la vista a los paralíticos? Entonces estamos tranquilos...

Simone – Eso fue en la Edad Media. Sus pacientes ya no vendrán a quejarse...

Apagón.

Simone consulta su móvil detrás del mostrador. Louise está sentada en una mesa. Marc está en la barra.

Simone – Escuchen esto... *(Leyendo)* En 1907, un médico americano realizó experimentos con seis pacientes en fase terminal. Afirma haber medido una pérdida de peso de aproximadamente 21 gramos en el momento de su fallecimiento. Lo que le llevó a concluir que el alma pesa 21 gramos.

Louise – 21 gramos... No es mucho...

Marc – Y aun así, creo que el alma de algunos de nuestros conciudadanos pesa aún menos que eso...

Louise – ¿Piensa en alguien en particular?

Francis llega.

Simone – Ah, padre, una adivinanza para usted. ¿Cuánto pesa un alma?

Francis – ¿Perdón?

Simone – Es una broma... En cambio, parece que Dios ha escuchado su oración, Padre...

Francis – ¿Ah sí?

Simone – Víctor ha muerto esta noche.

Francis – ¡No me diga! El pobre hombre... El Señor lo habrá llamado a su lado.

Louise parece no haber entendido bien.

Louise – ¿Quién ha muerto?

Simone – Víctor. Es Víctor quien ha muerto, Louise.

Louise – ¿Víctor...? Me sorprende de él.

Marc – ¿Ah sí? ¿Y por qué? Tenía 102 años, después de todo.

Louise – Durante la guerra era de los que habrían colaborado con el ocupante. Y ahora va y desobedece una ordenanza municipal...

Simone – Un rebelde de última hora, vamos.

Louise – Aun así, me da pena.

Francis – Ni siquiera pude administrarle los últimos sacramentos. Paz a su alma...

Louise – La suya tampoco debía pesar mucho... Pero, ¿qué le pasó?

Marc – Después de los cien años, es una pregunta que pierde mucho de su significado.

Simone – De todos modos, el hechizo está roto. Los periódicos ya no podrán decir que no se muere en Beaucon.

Marc – Adiós a los visitantes y a los peregrinos. Ya no se hablará de Beaucon como del pueblo de los milagros.

Simone – Pero, señor alcalde, al morir dentro del municipio, el difunto ha infringido su ordenanza. ¿Qué sanción le corresponde?

Marc – La urgencia es sobre todo saber qué hacer con el cuerpo...

Víctor entra. Los demás se quedan atónitos.

Simone – ¡Víctor! ¡Pero creíamos que habías muerto!

Víctor – Por lo visto, Dios no me quería todavía. O quizá no tenía autorización del alcalde.

Louise – Pero, ¿qué pasó?

Víctor – Anoche llamé al doctor Pinot porque me encontraba mal. Después ya no recuerdo nada, hasta que desperté en el depósito de cadáveres.

Marc – ¿En la morgue?

Víctor – El doctor me había declarado muerto por error.

Simone – El doctor Pinot... Seguro que había vuelto a beber...

Louise – Si me desmayo, por favor llamen a otro médico. ¡No quiero ser enterrada viva!

Oscuro.

Simone lee el periódico detrás del mostrador. Francis está sentado en una mesa, examinando documentos.

Francis – ¡Por todos los santos...!

Simone levanta la vista del periódico.

Simone – ¿Le he oído blasfemar, padre?

Francis – Que Dios me perdone, me dejé llevar por mi entusiasmo. Es sobre las reliquias de san Bernabé.

Simone – ¿Y... dónde está el cuerpo?

Francis – Es demasiado pronto para decirlo, pero esta vez estoy en una pista... Una pista muy seria, incluso...

Marc llega.

Simone – ¡Señor alcalde! *(Le muestra el periódico.)* Se ha hecho famoso. Después de la resurrección de Víctor, algunos ya lo consideran un nuevo mesías. ¡Mire!

Francis – Es una abominación, Señor alcalde... ¡Hay que acabar con esta locura!

Marc – Reconozco que todo esto se me ha ido de las manos. La ordenanza no era más que una medida de presión para obligar a la baronesa a ceder su terreno. ¡No imaginaba que llegaríamos tan lejos!

Charline llega.

Simone – Justo ahí viene. Y no parece estar de buen humor...

Charline – Acabo de enterarme de que el ayuntamiento ha rechazado mi proyecto de campo de golf.

Marc – No era un buen proyecto para el municipio. Ni para el planeta, por cierto. El consejo se ha alineado con mi opinión.

Charline – Más bien diría que usted hizo presión.

Marc – De todos modos, es una razón menos para negarse a vender al municipio algunos terrenos de su inmensa propiedad... A menos que realmente tenga algo que ocultar...

Charline – ¿Cree que voy a ceder mi terreno solo para demostrar que no enterré allí a mi marido?

Francis – No se obstine, señora Baronesa... Es por una buena causa.

Simone – Para las próximas elecciones, este sentido del bien público podría jugar a su favor.

Francis – Y además Dios se lo recompensará...

Marc – Si se lo pide la Iglesia y Dios mismo promete recompensárselo...

Charline duda antes de decidirse.

Charline – Está bien... Pero le advierto, no voy a malvender mi propiedad.

Marc – ¿Cuánto pide?

Charline – Quinientos euros por metro cuadrado.

Marc – ¡Ese es el precio del terreno edificable! Y le recuerdo que esa parte de su parque no se puede destinar a la construcción.

Charline – ¡Pero si van a construir viviendas para los muertos! ¡Para mí eso es terreno urbanizable! Lo toma o lo deja...

Marc permanece pensativo. Los demás esperan su decisión.

Negro.

Simone consulta su móvil detrás del mostrador. Víctor llega.

Simone – Escucha esto: las distancias entre galaxias son tan inmensas que, si unos extraterrestres vinieran hasta aquí, tendrían que emprender un viaje larguísimo. ¡Y eso si sus naves fuesen rapidísimas!

Víctor ni siquiera parece escucharla.

Víctor – No hay mucha gente hoy. ¿Se han muerto todos o qué?

Simone – Al menos, ahora tenemos espacio para recibirlos.

Víctor – ¿A los extraterrestres?

Simone – ¡A los muertos! El alcalde ha puesto esta mañana la primera piedra de la ampliación del cementerio. ¿Has estado?

Víctor – No me lo habría perdido. Si uno reserva una parcela antes de que esté terminada, conviene vigilar las obras.

Simone – Todo está en orden, en suma. Pero todos los curiosos también se han ido.

Víctor – Es verdad que deja un vacío.

Simone – Espero que el padre consiga finalmente las reliquias de san Bernabé, eso reactivaría un poco los negocios...

Marc llega con Louise.

Marc – Señoras y señores.

Simone – Señor alcalde. ¿Entonces? Parece que ha perdido su aureola. ¿Se acabaron los milagros?

Marc – Desde que levanté la prohibición, vuelve a morirse gente en Beaucon como en cualquier otro sitio...

Víctor – Por cierto, hace un tiempo que no vemos a la baronesa...

Simone – ¿No ha muerto, al menos?

Marc – Está bajo custodia policial.

Víctor – ¿No? ¿Por qué?

Marc – Al hacer excavaciones en su terreno para los trabajos preparatorios de la ampliación del cementerio, se descubrieron restos humanos.

Louise – ¿Su marido?

Marc – Probablemente.

Louise – Así que los rumores eran ciertos...

Víctor – Yo la creía una santa... Una santa con cementerio privado, por lo visto.

Louise – Siempre me pareció que tenía cara de asesina en serie.

Simone – ¿Creen que podría haber matado a otros, y que su parque ya está lleno de cadáveres?

Víctor – Esperemos que no, porque si es el caso... el nuevo cementerio estaría completo incluso antes de su inauguración.

Charline llega.

Simone – ¡Señora baronesa! ¿La han puesto en libertad?

Charline – ¡He sido víctima de un terrible error judicial!

Marc – Uno más...

Charline – Tras el análisis, los restos encontrados en mi parque resultan ser mucho más antiguos de lo que se pensaba.

Simone – ¿Mucho más antiguos? ¿Quiere decir... un Neandertal o algo así?

Charline – Lo suficientemente antiguos para que no me puedan culpar de un asesinato.

Francis entra muy excitado, con su carpeta bajo el brazo.

Francis – ¿Están al tanto?

Marc – ¿De estos restos? Sí. La señora Baronesa afirma que tiene una coartada. No había nacido aún cuando se cometió el crimen...

Francis – Estos restos fueron descubiertos en el lugar exacto donde se encontraba la antigua abadía destruida durante la Revolución.

Víctor – ¿Podrían ser las reliquias de san Bernabé?

Francis – Es una posibilidad seria, de hecho. Que deberá ser confirmada por otros análisis.

Marc – Al menos, ahora tenemos espacio para recibir a su Santo.

Francis – Precisamente sobre eso...

Marc – ¿Qué pasa ahora...?

Francis – Los documentos que encontré en la cripta indican que, tras la Revolución, los antepasados de la baronesa se apropiaron de una parte del viejo cementerio al ampliar su finca.

Marc – Vaya...

Francis muestra un documento.

Francis – Miren: en este grabado se distinguen los límites del antiguo cementerio, que era mucho mayor. Abarcaba una buena parte del parque actual del castillo.

El alcalde examina los documentos que le ofrece el cura.

Marc – En resumen, se trata de devolver esos terrenos a su uso original. Y, por lo que veo en este grabado, incluso podríamos reclamar más.

Francis – Los catastros modernos se remontan a la época de Napoleón...

Marc – Eso explica que nadie se haya dado cuenta antes de esta apropiación indebida de terrenos públicos. ¿No es así, señora baronesa?

Charline *(poco convincente)* – Les aseguro que no estaba al tanto...

Marc – Entonces pediremos a la justicia que resuelva este litigio.

Charline parece incómoda.

Charline – Más vale un mal acuerdo que un buen pleito, ¿no? *(A regañadientes.)* Cederé al municipio esa parte del parque, siempre que renuncie a reclamar el resto.

Marc – Gracias por su espontánea generosidad, señora Baronesa. En un espíritu de reconciliación, acepto con gusto su propuesta.

Simone – Siempre puede montar un minigolf en el parque que le quede. Para eso no hace falta permiso, ¿verdad, señor alcalde?

Marc – De todos modos, pronto tendremos un cementerio más grande. Por eso, esta prohibición de fallecer en el territorio del municipio ya no tiene sentido.

Simone se dirige a Víctor y Louise, que parecen tener ahora una relación más cercana.

Simone – ¿Lo habéis oído, vosotros dos? Ya podéis moriros tranquilos...

Louise – ¿Es una invitación?

Víctor – Bueno, tampoco tenemos prisa...

Simone – En cualquier caso, ya no tendréis que disputaros la última tumba. Y me parece que ahora os lleváis mucho mejor, ¿me equivoco?

Louise – Esta experiencia nos ha acercado, ¿verdad, Víctor?

Marc – ¡No me digan que van a casarse!

Víctor – No, pero hemos decidido compartir un panteón.

Marc – Muy sensato. Para una pareja joven no hay nada como invertir en propiedades a largo plazo.

Simone – ¡Venga, una ronda a mi cuenta! ¡Hay que celebrar el comienzo de las obras del nuevo cementerio!

Suena música. Simone llena las copas. Víctor invita a bailar a Louise y Marc invita a Charline.

Fundido a negro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Septiembre de 2024

ISBN 978-2-38602-253-1

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.